

Año 1.º

Santiago-20 de Diciembre de 1890. N.º 5.

A PEQUEÑA PATRIA

REVISTA DECENAL

Literatura DE Ciencias y Artes

CONTINUACION DE

GALICIA HUMORISTICA

DIRECTORES-PROPIETARIOS

ENRIQUE LABARTA POSE - JOSÉ TARRÍO GARCÍA



Salvador Golpe



SUMARIO.

Texto.—*Gallegos distinguidos y Conversación decenal*, por Enrique Labarta Pose.—*El Regionalismo en la pintura*, por José R. Carracido.—*Te cansarás en vano*, por Nicanor Rey Diaz.—*El debut*, por Torcuato Ulloa.—*Piensa mal y acertarás*, por Salvador Golpe.—*El hombre de la foca*, (conclusión) por Marcelino Sors.—*Choros*, por el Marques de Figueroa.—*Artes industriales en Santiago*, por José Tarrío García.—*Libros recibidos*—*Charadas*.

Grabados.—*Retrato de Salvador Golpe*, por Román Navarro.

GALLEGOS DISTINGUIDOS.

SALVADOR GOLPE.

Mi amigo Salvador Golpe
Es un hombre casi inédito,
Es decir, como escritor,
Que en lo demás no me meto.
En el cajón de su mesa
Guarda Salvador sus versos,
Como el Sultán sus mujeres
Y el doctor Koch su secreto.
Esas plantas vigorosas
Y aromáticas, que, al fuego
De la inspiración, brotaron
En el jardín de su ingenio,
Trasplantolas en mal hora
Para un triste invernadero
Donde el sol no las anima,
Ni la abeja les dá besos,
Ni al pié de sus tallos canta
Trovas el grillo á sus pétalos,
Ni la lluvia las refresca,
Ni el aura les presta aliento.
Esclavas de la modestia
De un tímido jardinero,
Que al verlas tan lindas, quiso
Quizá ocultarlas, por miedo
A la escarcha de la envidia
O de la crítica al ciego,
Allí están entre las tablas
De un cajón negro, muy negro,
Que mas que cajón, parece
El nicho de un cementerio,
«¡Libertad!» clamando á voces
Desde el fondo de su encierro.
Salvador: tus poesías
Piden lo que pide el pueblo:
«¡Libertad!» dásela pronto
Y no hagas como el Gobierno.
Solo esperan, cual los justos
Por el santo advenimiento,

A que del cajón las saques
Y al público las des presto
En forma de ramillete
Tan hermoso y tan perfecto,
Que las musas de seguro
Regocijaranse al verlo
Y aquel dia en el Parnaso
Habrá música y festejos.
Cese, pues, amigo Golpe,
Tu papel de carcelero
Y sálvalas de olvido:
Que las vea el universo;
Porque entonces, Salvador,
Darás un Golpe de efecto
¿Pero quien me mete á mi,
Señores, á dar consejos
A quien ni los necesita
Ni me los pidió expreso?
He seguido la corriente
Moderna sin pretenderlo:
¡Hoy todo el mundo aconseja,
Pero nadie dá dinero!

Aunque los versos de Golpe
Están cual si fueran reos
Todos juntos encerrados
En una jaula de hierro,
Muchos burlar su modestia
Mas de una vez consiguieron;
Y á modo de golondrinas
Que tornan de su destierro,
Fueron á colgar sus nidos
Y á posar su facil vuelo
En revistas, almanagues
Y periódicos, á cientos.
El primero que escapó,
Fué un bellissimo soneto
Que «¡Viva el Rey!» titulábase,
Y en verdad con mucho acierto;
Que si en vez de «¡Viva el Rey!»
Modulando otro gorgojo
Dice: «¡Viva la República!»
Acaso sin darle tiempo
Para repetir, de fijo
Que lo enjaulaban de nuevo.

Si como poeta es Golpe
Notable por mil conceptos,
Tambien como periodista
En verdad, que no lo es menos.
Cuando joven, escribió
Para *La Moda*, *El Comercio*,
El Diario de Santiago,
El Noroeste y *el Correo*.
En *El Clamor del Pais*
Colaboró tambien luego
Y en *El Clamor de Galicia*,
Que suman dos clamoreos
En los que colaboramos
Juntos todos los gallegos.
Mas ¿qué importa, si clamamos
Como quien clama en desierto?

Más tarde, ya no es posible
Seguir á Golpe en su vuelo
Y enumerar las Revistas,
Periódicos y folletos
Que se honraron con la firma
De este escritor tan correcto,
Tan atildado y castizo,
Que si el fruto de su ingenio
Adquiriese humana forma,
Vestiría, lo estoy viendo,
De frak, sombrero de copa,
Guante blanco y traje negro.

He bosquejado á mi amigo
Golpe, bajo dos aspectos,
Y puede el lector sentarse
Porque aun me falta el tercero:
Hablar dél como abogado,
Que lo es sin duda muy bueno,
Y las leyes *del estilo*
Las sabe en todos terrenos.

Mucho pudiera decir;
Mas, con harto sentimiento
Me callo, porque ya quedan
Poco espacio y menos tiempo.

Es Salvador, en resumen,
Un bellissimo sujeto,
Guapo como ustedes ven,
Listo cual todos sabemos,
Dulce, simpático, amable...
Y si tiene algún defecto:
¿Saben ustedes cual es?
El ser sobrado modesto.
Séame, pues, permitido
Al dar cima á este boceto,
Saludar con un «¡aprieta!»
Al buen soldado gallego,
Que por *la pequeña patria*
Lucha siempre en primer término.

ENRIQUE LABARTA POSE.



CONVERSACION DECENAL

—¡Talán!
¡Talán!
¡Talán! ¡Di-
ciembre!
¡Treinta y
una de para-
da! exclamó el
calendario al lle-
gar la locomo-
tora número 1890 á su última y
más desabrigada estación.

Veinte dias van transcurridos y
dentro de otros diez cambiará una
vez más de máquina, el rápido tren
que conduce á la humanidad Dios
sabe hácia donde.

1891: tal es el número de la que
próxima á engancharse, nos lleva-
rá de nuevo por las doce estacio-
nes de siempre.

¡El mundo marcha! ¿Descarrila-
remos? ¡Aun no tan pronto! Seis
mil años hace que sin el más pe-
queño contratiempo viajamos al
rededor del sol. Sin embargo, se
registra una catástrofe, pero muy
lejana: un dia, desencadenóse tan
horrisona tempestad, que se inun-
daron de agua los wagones, pe-
reciendo todos los *touristes* á ex-
cepción de Noé y su familia que
iban en un *coche-salón* y dos ani-
males de cada especie que ocupa-
ban la *perrera*.

Desde entonces, no ha vuelto á ocurrir nada de particular; y el tren... sigue marchando.

Felices los poderosos y los que, á fuerza de audacia, consiguieron por asalto un billete de *primera clase*.

Desgraciados de nosotros los que vamos en *tercera*, y más desgraciados todavía esos infelices párias que *facturados* en un *furgón de cola*, esperan afanosos un descarrilamiento como la mejor solución de su desesperante problema.

La *perrera* se ha suprimido desde que los hombres parlamentaron con los animales. Hoy constituyen estos *la mayoría* y ocupan los mejores asientos. Excuso decir á ustedes que yo pertenezco á *la oposición*.

Noto que los cuadrúpedos son los más afortunados; los pocos que aun se encontraban en última fila, han adquirido todos, *suplementos* para trasladarse á *coches de primera*.

Al ver tales cosas, casi siento no haber nacido con cuatro patas.

¡Pobres médicos! ¡Dentro de poco ya no tendrá aplicación su maravillosa ciencia! ¡Veterinarios: el porvenir es vuestro!

*
* *

A muchos millones de leguas de nosotros gira otro mundo, el planeta Marte, cuyos habitantes, según Camilo Flanmarión asegura bajo su patabra, han dado en hacernos señas.

¡Vaya una ocurrencia! ¿Qué queirán decirnos esos caballeros?

¿Brindarnos á subir? ¡Lo veo difícil! ¿Preguntarnos quienes somos? ¡Vaya una curiosidad! Sería de oír la conversación entablada entre dos astrónomos de planeta á planeta.

—¿Está V. bueno?

—Bien ¿y V?

—Perfectamente. ¿Quiere V. un cigarrillo?

—Gracias no gasto. ¿Y qué se cuenta de nuevo?

—¡Psch! lo de siempre! Aquí sigue preocupando los ánimos la actitud de los socialistas.

—¿Y qué son los socialistas?

—Los que trabajan y no comen puestos de punta con los que comen y no trabajan.

—Pero ¿qué? ¿tan atrasados están ustedes que aun no discurren el medio de que todos coman sin trabajar?

Y así por el estilo se entablarían mil diálogos á cual más curioso.

Sin embargo, es también muy posible que, si llegáramos á entendernos algún día con los *Martistas*, (me refiero á los del planeta y no á los de D. Cristino) nos dijeran poco más ó menos lo siguiente:

—¡Sois unos estúpidos! Os creíamos seres más perfectos que nosotros y hemos llevado un solemne chasco. Eso que llamais oro, ideal de vuestros sueños y origen de vuestras luchas, es lo que aquí usamos para empedrar los caminos. ¡Si! ¡La alfombra que nuestros piés ensucian, es el ídolo ante el cual se inclinan vuestras cabezas! Aun persiguis el problema de la cuadratura del círculo, cuando ya nosotros hemos resuelto el más difícil de comer sin trabajar. A cada paso discurris nuevas máquinas para destruirnos mutuamente, sin ver que en cada molécula de vuestros organismos, alimentándose millares de seres que atentan contra vuestra vida; mientras aquí vivimos como hermanos, y á fuerza de constancia hemos rechazado para siempre al enemigo común. Por eso nosotros nos morimos todos de puro viejos, cuando al reloj de la existencia se le acaba naturalmente la cuerda;

y vosotros *parais* antes de tiempo, ora porque os rompe el muelle real, ora porque os salta el minute-ro, ya porque á una rueda se le gasta un diente, ya porque vosotros mismos destrozais la máquina de propio intento. ¡Habrás visto!... ¡badulaques!...

Y al oír tales lindezas ¿qué íbamos á contestar? ¿Abofetarlos? ¡Imposible! ¡No había medio de tomar venganza! Aunque á fuerza de inventar llegásemos á arrojarles un cañonazo mónstruo, tardaría la bala algunos años en subir hasta Marte. Dejarlos que hagan señas; ya se cansarán. ¡En último caso, que se entiendan con D. Camilo!

*
* *

Se acercan las tradicionales fiestas de Navidad.

Tres son los oficios más peligrosos en esta época: el de pavo, el de besugo y el de cerdo.

Si he de ser franco, el pavo es un animal que me inspira muy pocas simpatías. Se dá mucho tono, mira con desdén á las demás aves y gasta á diario frak y corbata encarnada como si fuera un embajador. ¡Vaya un tipo! ¡Por mí... que lo maten! ¡Aunque estuviera en mi mano la régia prerrogativa, le negaría la gracia de indulto!

En cambio, el besugo es un infeliz. ¡Modesto, trabajador, buen padre de familia, y digno por todos conceptos de mejor suerte! Me direis que tiene mucha *escama*, pero ¿qué? ¿no le sobra razón para vivir *escamado*?

¡Qué escenas tan conmovedoras deben de ocurrir estos días en el fondo de los mares! ¡Cuántas *besu-*gas vestirán luto! ¡Cómo aconsejarán los besugos ancianos á sus juveniles descendientes! —Hijos míos —diránles— todos los años por este tiempo nos suceden los mismos

percances: el hombre nos sacrifica en aras de su apetito. Huid de las redes, no os acerqueis á las costas y evitad sobre todo que vuestros asesinos puedan exclamar con sarcasmo: ¡*Te veo, besugo!*

Los cerdos ya no me inspiran tanta lástima. ¡Son unos desaliñados! Nunca se asean ni se cepillan! ¡Parecen caballeros hidrónicos envueltos en súcios gabanes y caminando á *gatas!* ¡Y sin embargo, un cerdo muerto vale más que muchos hombres vivos! ¡Miserá humanidad: confiesa tu pequeñez! ¿Verdad lector querido ó lectora más querida aun (sobre todo si eres bonita) que prefieres sin vacilación el succulento lomo de ese animal impuro, á esta averiada muestra de mi *tuberculoso* ingenio?

¡Maldita sea mi suerte! ¡Hasta los cerdos me aventajan!

*
* *

El jueves 11 de los corrientes, á las ocho en punto de la noche, un público, numeroso como nunca, llenaba de bote en bote el espacio local del Teatro-Circo de Santiago.

¿Por qué tanta gente? Por seis razones: primera: se trataba de un espectáculo nuevo y entretenido; segunda... tercera, cuarta, quinta y sexta, la función era... ¡de balde!

Protagonista de la obra: el notable profesor de esgrima y gimnasia D. Attilio Pontanari. Personajes que entraban en acción: sus aventajados discípulos.

No voy describir el espectáculo, porque hace días ya que los periódicos diarios publicaron detalladas reseñas. Solo diré que estuvo magnífico.

Allí salieron á relucir sables, puñales, espadas, palos y floretes.

Cuando los sables se chocaban, parecía que estábamos presenciando

do un duelo á muerte; el Sr. Pontanari, armado de puñal en el centro del redondel, figurábase el buzo que en *Los Sobrinos del Capitán Grant* busca debajo del agua el coliciado tesoro; los jugadores de palo, acechándose mutuamente y desliziéndose con cautela el uno hácia el otro como dos gatos en el alero de un tejado, causaban tal ilusión, que casi me entraron tentaciones de tirarles una piedra al grito de ¡gache! Los ejercicios de los niños, con destreza amaestrados por su inteligente profesor, traían á la memoria las ágiles maniobras de una tribu de monos en los bosques vírgenes de América; y, en fin, las encantadoras niñas, hijas de D. Attilio, semejaban en el asalto de florete, dos ángeles que riñen á la puerta del Paraíso.

Una se llama Eva y la otra Gloria. ¡Qué nombres tan significativos! ¡Eva: la madre de la humanidad! ¡Gloria: el ideal que persigue!

Difícilmente conseguirá el público asistir por el mismo precio, es decir, *gratis*, á otra velada tan agradable; porque pocas, muy pocas veces en la vida, *se cazan truchas á bragas enjutas*.

Ha llegado ya ese importante personaje, héroe legendario de los niños, que nos visita todos los años.

Es un caballero cuyo carácter duro engaña á primera vista; pero una vez tratado á fondo, á cualesquiera encanta su proverbial *dulzura*. Las confiterías engalanan sus escaparates cuando él llega, y los muchachos contéplanlo al través de la vidriera con admiración y cariño.

Me refiero al señor de Turrón.

Pero como hay muchos individuos de diferentes puntos y condiciones que llevan el mismo nombre, los tenderos de ultramarinos dan

la voz de alerta y exclaman: «¡No equivocarse! ¡El de Alicante es el mejor de todos!»

Más, preguntadle á un cesante Si se conforma con esto,
Y os dirá, de mal talante,
¡¡Qué el turrón del Presupuesto
Es mejor que el de Alicante!!

* *

Cierto amigo mio, entusiasta como pocos, tenía por *muletilla* decir á cada paso, cuando un objeto cualquiera le impresionaba agradablemente:—Magnífico! ¡Es de oro!

Más sucedió que un día, acercósele en la calle un vendedor ambulante para enseñarle una sortija falsa.

—Caballero: ¿quiere usted comprármela?—le dijo.

Examinóla mi amigo, y, dejándose su irreflexivo entusiasmo exclamó:

—¡Magnífica! ¡Es de oro!

—¡Ya lo creo que es de oro!—replicóle el ambulante, que vió el cielo abierto al oír tal exclamación.

Y después de convenirse en el precio, celebraron el contrato, apartándose á la postre, ambos satisfechos: el comprador con la alhaja y el vendedor con el importe.

Algunas horas después decía mi amigo á un conocido platero, mostrándole la sortija:

—¡Mire usted que adquisición he hecho! ¡Magnífica! ¡Es de oro!

—¡Está usted equivocado!—contestó el platero con irónica sonrisa—¡Es de cobre!

Mi amigo desde entonces, quedó curado de su constante *muletilla*.

Pues bien: (y valga la comparación) el vendedor ambulante, soy yo; la sortija, esta conversación decenal; el amigo entusiasta, mi amor propio; y el platero..... ¡eres tú, queridísimo lector!

El regionalismo en la pintura.



VISITANDO los monumentos artísticos que aún subsisten en las ciudades de Castilla como testimonios de su pasada grandeza que dolorosamente contrastan con su actual decadencia, hubo de sorprenderme la abundancia de las buenas obras pictóricas que ya en tablas, ya en lienzos se exhiben en los altares y exornan las paredes aún de los templos que se yerguen sobre la miseria y la ignorancia de aquellas aldeas fabricadas con el polvo del desierto. Indudablemente motivó esta sorpresa la desproporción que yo percibía entre la riqueza que entonces contemplaba y el recuerdo de la penuria de cuadros, y sobre todo de cuadros buenos que en aquel momento notaba en los suntuosos templos de mi país que con su cotidiana presencia me habían sugerido las primeras impresiones artísticas, germen de las posteriores y base del criterio para constituir mi sentido estético.

Transportado mi espíritu del juicio del momento á la contemplación del desarrollo del Arte en las dos regiones puestas en cotejo no pude menos de preguntarme ¿cómo se explica que Galicia tan abundante en bellezas arquitectónicas de primer orden y no escasa de felicísimas esculturas, obra en su mayor parte de artistas gallegos, se muestre tan menesterosa de los recursos de la paleta y tan deficiente en el manejo del pincel, y hasta el pueblo falto de toda exigencia para completar el embellecimiento de sus monumentos con la ornamentación pictórica?

Salvando la falibilidad de todo juicio, falibilidad tanto más probable cuanto la imperfección del conocimiento sea mayor, como en este asunto me acontece, me lanzo no obstante á formular una explicación, valga lo que valiere, para ilustrar este problema que á nuestro decoro regional importa resolver.

La pintura es un arte relativamente moderno; el caracter con que en la actualidad se cultiva y el vigor con que se ha propagado no se acentúan hasta comienzos del siglo XVI, y en esta época Galicia ya había perdido su gran poderío intelectual y material supeditada como el resto de la península á la hegemonía castellana que cada vez con más fuerza y como ley natural de su predominio limaba los relieves con que la personalidad de la región se había acusado en las pasadas centurias. En las comarcas empobrecidas y decadentes no es posible que surja el Arte ni obra alguna con propios y peculiares elementos de vida, porque la realización de la belleza á semejanza de

las acciones heroicas necesita exhuberancia de personalidad y conciencia vigorosa: de los pueblos flacos y abatidos saldrán rapsodias, copias discretas, pero nunca obras originales; son impotentes para crear.

Relegada Galicia al papel secundario de la imitación, debió estudiar las obras pictóricas del arte castellano intentando reproducirlas, pero muy pronto se habrá visto mortificada en sus aspiraciones por un cúmulo de contrariedades reconocidas como insuperables después de fatigosa lucha entre las inspiraciones nativas del aprendiz del Arte y las diferentes circunstancias en que se había ejecutado la obra que tomaba por modelo.

En todo aprendizaje bien dirigido han de evitarse los rozamientos y desgastes de los dualismos incompatibles siguiendo la única corriente de la tendencia natural del educando, y sometida la formación pictórica de Galicia á los disgustos y violencias de la disciplina contraria hubo de renunciar, ante la insignificancia del resultado, á proseguir su empresa artística.

Comparando Galicia y Castilla respecto á su clima y orografía muéstranse ambas regiones muy diferentes. En la primera la atmósfera está casi siempre saturada de humedad y el cielo con frecuencia cubierto de nubes que mitigan y atenúan la intensidad de la luz, en la segunda el vapor de agua se difunde en escasa proporción, las nubes fórmanse difícilmente y el que habita en este medio vive en una esplendidez de radiaciones luminosas que por natural adaptación educa la rutina de quien se forma bajo su influencia determinando un sentimiento pictórico que no puede coincidir con el producido en la contemplación de otro ambiente. Agréguese á esta semejanza la del suelo caprichosamente accidentado, pródigo en parajes umbríos y siempre verde en Galicia que es en todo el reverso de las inacabables y monótonas mesetas castellanas, yermas la mayor parte del año cuya fugaz vegetación sugirió á Jorje Manrique decir de las grandezas humanas:

¿qué fueron sinó verduras
de las eras?

y se deducirá que circunstancias naturales tan diferentes han de producir por modo ineludible aptitudes muy diversas para expresar la luz y el color en conformidad con las varias impresiones espontáneamente recibidas, las cuales modelan el sentimiento artístico con mayor poder que toda educación artificial por hábil que sea.

El fracaso originado por el dualismo que en mi sentir esterilizó la producción pictórica en Galicia tiene innegable demostra-

ción en la historia de la Escuela flamenca.

Juan de Mabuse, Bernardo van Orley, Lambert Lombard y otros gastaron la mayor parte del siglo XVI en imitar á los maestros italianos, y las deficiencias de sus cuadros revelan las torturas del potro en que se engendraron, idénticas á las angustias de un gran orador que se propusiera entusiasmarse hablando una lengua que no fuese la suya y de la cual solo conociese la gramática. Pero en el siglo XVII al recobrar Flandes su relativa independencia secundada por la prosperidad de sus intereses, su personalidad artística se emancipa también de la servil imitación en que hasta entonces había vivido y surge la gran Escuela flamenca que ilustran los nombres de Rubens, Teniers y Van Dyk entre otros muchos.

Creo que las consideraciones precedentes bastan para revelar cuales fueron las trabas históricas que cohibieron el desarrollo de la pintura en Galicia. Si alguien juzgando con ligereza nos tachase de falta de idoneidad para cultivar el arte en que sobresalieron Murillo, Ribera y Velázquez procedería como un crítico italiano que en el siglo XVI menospreciara las fatigosas tentativas de los pintores flamencos y holandeses sin percibir las condiciones peculiares de aquellos países que más tarde habian de producir á Rubens y á Rembrandt. Para evitar divergencias y armonizar el sentimiento nacido de las impresiones naturales

con el que forma la educación artística creo que sería más fructífero que los jóvenes de nuestra región que muestran felices aptitudes para la pintura fuesen pensionados para estudiar su arte en Amsterdam ó en Amberes y á lo sumo en Venecia, antes que en Roma, donde el predominio de las obras de los artistas florentinos trazadas según el flujo más escultórico que pictórico de la antigüedad clásica, y el del clima de Florencia y de las áridas llanuras romanas pueden ser un medio ambiente idóneo para castellanos, andaluces y valencianos, pero de ningún modo para los hijos de la húmeda frondosa y accidentada región gallega.

Hoy la historia antes que los tradicionales preceptos clásicos pide inspiración para explicar las evoluciones sociales á la Antropología y á la Etnografía, y convertido de este modo en ciencia experimental constituye sobre hechos de positiva observación. Si las personas consagradas á dilucidar los problemas de nuestra vida regional no reconocen valor á las observaciones que dejo indicadas no olviden al menos que el amor vehemente á la *Pequeña Patria* y el afán de su engrandecimiento me han venido á consignarlas.

José M Carracido

* * *

Te cansarás en vano,
rebelde pensamiento,
si fuera de Dios buscas la energía
origen de la tierra y de los cielos.

Quien eres, aun no sabes,
y con tenaz empeño
pretendes inquirir la causa oculta
entre la sombra densa del misterio!

Antes que tú, otros muchos,
audaces y soberbios,
ideando quimera tras quimera
en espantosa confusión cayeron.

Ah! más que tú dichoso,
el sabio verdadero
jamás dudó del Ser á quien se debe
la vasta creación del Universo.

Licencio Rey Diaz

EL «DEBUT». (1)

I.

NADA tan inconstante como la fortuna ni tan perseverante como la desgracia.

Por eso, unas tras otras las desgracias y los más crueles reveses condujeron á la mayor miseria á un honrado matrimonio que, con un hijo de corta edad, vivía una importante capital, ocupando una posición decorosa aunque modesta.

Bajo el peso de tristes amarguras murió el buen padre cuando apenas el niño contaba cuatro años.

El espíritu de un padre puede sucumbir pero el de una madre no desfallece nunca ni aun ante las circunstancias más críticas y difíciles, cuando se trata de la salvación de un hijo, y de un hijo querido.

Por esto aquella madre, joven aun, se sobreponerá á toda su desgracia.

(1) A mi excelente amigo Benigno L. Sanmartín

Aquella infeliz viuda, desatendida de todos, sin amparo en el mundo que por todas partes le ofrecía la espantosa miseria, luchaba por la existencia, anhelaba vivir para el hijo de sus entrañas, único punto de amor de aquel esposo cariñoso y honrado á quien la desgracia tan tenazmente había perseguido.

II.

Veinte años transcurrieron.

Ella era ya anciana. Hebras de claro gris cubrían su cabeza.

Su lánguida mirada estaba constantemente oscurecida por sombra de tristeza.

Vestía pobremente pero tenía aspecto venerable.

Su hijo Andrés era un mozo de fisonomía expresiva y de figura arrogante.

Veinticuatro años llevan siempre consigo la salud y la vida, cuando se han empleado en una existencia honrada y laboriosa.

Andrés había recibido de su padre, como únicos bienes de fortuna, un legado precioso; honradez y nobleza, esta herencia la conservaba incólume.

El joven trabajaba asiduamente en un taller de encuadernación.

El modesto producto de su incesante trabajo era su único sosten y el de la anciana.

Así vivía Andrés entre las caricias de su buena madre y las cotidianas tareas del oficio.

Pero había algo en su ser que se revelaba contra aquella existencia lánguida y obscura.

Su carácter soñador y audaz, su exaltada imaginación que habitaba en las regiones de la fantasía y se recreaba en los cielos del arte, protestaban de aquella vida monótona y vulgar.

Andrés amaba la gloria y era su perpetua pesadilla que le deslumbraba con rosadas promesas, la idea de consagrarse al arte lírico para el cual contaba, según aseguraban las gentes entendidas, con singulares facultades.

El arte era su pasión y el teatro de la Opera la única tentación que de vez en cuando mermaba sus economías.

Así que á medida que los días transcurrían miraba Andrés con más horror su oficio.

Su afán por ser artista crecía por momentos, y en cuanto los ahorros de su modesto jornal lo consintieron, el joven se había apresurado á concurrir á una escuela de canto.

Raras eran sus dotes artísticas y compañeros y maestros le auguraban un porvenir brillante.

III.

Andrés había abandonado la encuadernación cuando ya terminaba sus estudios ventajosamente.

La anciana reanudó sus labores con más ardor que nunca, y el producto de ésta unido á las economías que hubieran podido reunir á cambio de muchas privaciones, aseguraba por entonces la humilde subsistencia de los dos.

La pequeña familia habitaba el piso cuarto de una casa de modesto aspecto, situada en una de las más apartadas callejuelas de la populosa ciudad.

Una noche subió Andrés precipitadamente la angosta escalera de su casa.

Sentada al pié de un velador desvencijado, alumbrada por un velón mugriento y aceitoso, con los párpados enrojecidos por el insomnio y la respiración fatigada por el cansancio, cosía la buena anciana en una tela teñida por la amarillenta luz que perezosamente iluminaba la pequeña vivienda.

Levantó los ojos que recibieron al joven con una mirada cariñosa y triste.

—Madre,—dijo Andrés con voz entrecortada que delataba la agitación de su espíritu— muy pronto veremos decidida nuestra suerte.

—¿De verdad, hijo mio?

—Sí, madre; hoy he sufrido un exámen riguroso y mis maestros me han dicho que puedo hacer muy pronto mi *debut*.

—¿Te sientes con fuerzas?—le preguntó con ansiedad la anciana.

—Sí—dijo con firmeza.

—¿No temes nada?

—Bah!... ¿por qué he de temer—contestó sonriendo como tratando de desvanecer los temores de su madre.— Conque la suerte me ayude, habremos triunfado, y entonces, abandonando esta humilde miseria, usted no echará de menos sus comodidades de otro tiempo y yo.... yo no la abandonaré á usted nunca.

— ¡Dios te oiga, hijo mio!... Si supieras cuanto le rezo para que te ampare!...

Y al decir esto, la pobre madre se enjugaba los ojos con su pañuelo de estampado azul.

IV.

Poco tiempo despues de esta escena, los periódicos de la importante capital anunciaban la entrada de un nuevo artista en la carrera lírica.

Acerca del cantante se anticipaban las mejores noticias.

En los amplios carteles figuró un día el nombre de Andrés con grandes caracteres.

Su *debut* coincidía con el estreno de la obra de un renombrado maestro.

Se trataba de un verdadero acontecimiento que el mundo musical esperaba con ansia.

Llegó la noche.

Momentos antes de comenzar el espectáculo, sinnúmero de carruajes se agolpaban en tropel á las puertas del teatro.

La gente de «buen tono» no pierde nunca estas solemnidades, aun cuando se le dé poco por su importancia artística. Bástale con encontrar en ellos una ocasión para ostentar el lujo y las riquezas.

Las puertas del coliseo eran estrechas para dar entrada á aquel deslumbrador hacinamiento de ricas telas y valiosas alhajas que á borbotones arrojaban las relucientes berlinas que después se cerraban con estrépito.

Los nombres del artista debutante y del autor de la obra que poco después habia de estrenarse, corrían de boca en boca entre los corrillos por allí formados.

Los curiosos transeuntes tan ávidos de las emociones con que brinda un acontecimiento de esta clase como faltos de recursos, se apiñaban en las puertas mirando con ojos de codicia á los felices mortales que, con rostro risueño y reposado andar, trasponían el vestíbulo iluminado por brillantes faroles.

Momentos después, la vasta sala se habia ocupado de bote en bote.

Percibíase un ruido ensordecedor que no cesaba, y sin embargo, no podía determinarse un sonido aislado.

Era ese rumor confuso y regular, producido de la combinación de mil ruidos distintos; el taconeo de los que entran, el movimiento de los que se acomodan, las puertas que se baten, los abanicos que se agitan, las sedas que crujen, conversaciones, cuchicheos y toses.

La espléndida luminaria emanada de millones de puntos brillantes, la atmósfera que se caldeaba por momentos como si allí el calor debiera estar en proporción de la fuerza lumínica, las más finas esencias con que se perfuman las damas elegantes luchando con el penetrante olor del gas; el rumor incesante... todo, en fin, parecía anunciar que se esperaba algo extraordinario.

El paraíso se estendía en semicírculo como una enorme franja obscura que se agitaba sin cesar.

Músicos, periodistas y *diletantti* disponíanse á saborear las dulzuras de la crítica arrellenándose en las cómodas butacas.

Coronaban los palcos hermosísimos bustos de mujeres hermosas que lucían impudicamente brazos blancos mórvidos y senos

abultados, encubiertos apenas, y esmaltados de ricas pedrerías que resplandecían con destellos de luz y chispas de colores á los regulares movimientos de la respiración.

Estas preciosas galerías de *esculturas de carne*, ofrecían fascinador aspecto, pues nada es más seductor que la mujer así ataviada, apesar de que la nítida blancura de su cutis y aun la redondez de sus formas codiciables, representa á veces el capital de un droguero ingenioso ó la especialidad de una modista, y aun cuando las joyas que en su seno ostenta son, quizás, en algunas ocasiones, la valiosa envoltura de instintos relajados hijos de una conciencia inmundada y depravada.

A la señal del maestro sonaron las primeras notas de la sinfonía.

Tras de ellos siguió un verdadero torrente de armonía en que brillaban notas vibrantes y purísimas que brotaban de los metales y las cuerdas invadiéndolo todo.

Por un breve instante se aumentó ese rumor que produce un público impaciente y movedido.

Entre telones sonó un timbre. Momentos después, la cortina se alzaba lentamente.

V.

De pié, como incrustada en uno de los más apartados bastidores de la escena, arrebuñado su doblado cuerpo en un pañuelo obscuro, con el descolorido velo caído sobre el rostro como queriendo ocultar la profunda emoción de su espíritu, hallábase la madre de Andrés contemplando á su hijo que gallardamente ataviado, se esforzaba en aparecer tranquilo, en tanto que el minio que por sarcasmo coloreaba sus megillas, luchaba con la palidez mortal de su semblante.

Con las distintas ideas que se ocurrían á la anciana, crecía y decrecía para ella la unidad de tiempo.

Quando pensaba que en momentos más tarde podía llegar al colmo de la felicidad, presenciando el ruidoso triunfo de su hijo, los minutos le parecían horas. Quando cruel pesimismo embargaba su alma, las horas trascurrían para ella más breves que minutos.

Andrés sufría cruelmente.

Esquivaba la vista de la anciana como si huyera de un abismo.

Comprendía que la devoraba la ansiedad y esto aumentaba su tortura.

Se alejaba de ella; no quería oirla.

Los consuelos de una madre encierran en ciertos casos tal fondo de ternura que lejos de levantar el espíritu, lo debilitan.

Andrés escuchaba únicamente algunas palabras con que pretendían tranquilizarle sus compañeros avezados ya á las luchas de la escena; ese consuelo reposado y frío que prodiga el veterano al azorado recluta; esas frases de consuelo, heladas, que causan más espanto que el silencio mismo.

Los instantes trascurrían.

Andrés veía acercarse aceleradamente el momento supremo.

La anciana, pegada al bastidor, no apartaba los ojos de su hijo que tenía todo el rígido aspecto de una estatua.

De pronto Andrés sintió un ligero golpe y su sangre se heló.

Al fin entró en escena.

Su madre se santiguó y no respiró siquiera.

Después sus labios murmuraban un rezo.

VI.

Las damas dirigieron á la escena sus gemelos poniendo á foco la interesante figura del artista que avanzó en el palco escénico cantando.

Sus ojos, aunque abiertos, no veían. En la sala, profusamente iluminada, no percibía más que enormes masas negras.

Las negruras comenzaron por fin á disiparse y poco despues quedaba deslumbrado.

A pesar de tanta claridad, su vista vaga é incierta no determinaba formas ni con tornos.

Cantaba con esfuerzo pero no escuchaba su propia voz.

Dentro de sus oídos solo sentía un zumbido ensordecedor é indefinible en que, por momentos, creía percibir mezclados carcajadas y gritos.

Algunas notas eran claras y potentes; las demás se apagaban ahogadas por el miedo; sus movimientos eran embarazados, el temor extinguía la voz en su garganta... y aquel público que á fuer de ser severo y concienzudo prescindía de la piedad para mostrarse inexorable, pronto, muy pronto comenzó á castigar el disculpable aturdimiento del novel artista.

Andrés, desconcertado yá, escuchó un rumor que iba creciendo. Pensó un momento en que su emoción podía destruirle para siempre.

Hizo un supremo esfuerzo; consiguió atacar algunas notas con vigor y valentía, más jera tarde yá!

Los espectadores implacables no repararon en su esfuerzo; antes bien, creyeron ver un reto en la actitud resuelta del artista.

La manifestación de desagrado creció, creció entonces hasta hacerse terrible é imponente.

Aquel calor sofocante; aquel olor que semejava al del ozono; aquel estrépito parecido al de un trueno acercándose, aquel chicheo que simulaba al viento huracanado cortado con fúria por mil y mil aristas; todo se presentaba á Andrés como una tempestad que hacía ya momentos se cernía sobre su cabeza.

Quería cantar, y la lengua áspera y seca que se revolvía en su boca como un estropajo seco, no le dejaba frasear aun á expensas de sus esfuerzos inauditos.

Se anudó su garganta y no podía emitir ningún sonido.

Su vista se turbó.

Olas de sangre afluyeron á sus ojos.

La tormenta creció; silbidos hirieron el aire y el público prorrumpió en gritos que parecían los de una horda salvaje que se dispone á caer sobre su víctima.

Andrés calló.

Se había apoderado de su cuerpo un temblor febril. Su mirada estraviada y loca se fijó en una sombra que apoyada en uno de los últimos bastidores de la escena se agitó convulsivamente y al fin cayó desplomada.

—¡Mi madre!—murmuró sordamente.

El desgraciado hijo se precipitó fuera de la escena en busca de la pobre viejecita, que temblorosa aun yacía en el suelo bañada en copioso sudor frío.

VII.

Pocos días despues, Andrés, con paso incierto y vacilante, la mirada sombría y el alma inundada de la más triste amargura, se encaminaba á su antiguo taller de encuadernación en busca de trabajo.

Forcuato Ulloa

PIENSA MAL Y ACERTARÁS.

(CUENTO POPULAR).

Es un boticario
Don Braulio Gragea,
de muchos estudios,
de gran esperiencia.

De la opinión pública
radical emblema,
todo lo vé malo,
nada bueno encuentra.

Cuando le consultan su opinión, contesta siempre sistemático: «piensa mal y aciertas.»

Allá en su botica, junto á la trastienda, entre sus amigos todo se comenta.

No hay esposa honrada, ni conciencia recta, ni hacienda adquirida de buenas maneras.

Y mientras don Braulio despacha recetas, agita el mortero y atiende á la venta.

Si se habla que Antonio hizo una obra buena sólo por el gusto de poder hacerla;

Si dicen que Roque procuró su hacienda por medios honrados como Dios ordena;

Si cuentan que Pepe se casó con Pepa por amor tan sólo siendo rica y vieja;

Si afirman que Elisa pasó de soltera la vida, sin mancha, y despues.... etcétera,

El buen boticario mueve la cabeza y con sorna dice:

«¡Dudo que así sea!»

Pero si murmuran de Juana ó de Petra diciendo que entrambas son malas cabezas;

Si asientan que Paco pelechó en América con robos y estafas que allá cometiera;

Si dicen que á Jorge Juana se las pega, aunque una Susana por lo casta sea;

Si del Juez se dice que vende sentencias.... entonces, don Braulio sonríe y se alegra.

Repica el mortero y exclama con fuerza: «¡Es cierto, muy cierto! ¡Cómo si lo viera!»

Salvador Goyu



EL HOMBRE DE LA FOCA.

(CONCLUSIÓN.)

Trajo el dependiente sobre una bandeja de latón una copa de anís y hasta media docena de galletas apollilladas y duras; dejóla sobre la cama al lado del *apóstol* que estaba sentado en una silla medio desvenecijada y salió corriendo al oír que gritaban en la tienda:

—Toribio... ¡ay Toribio! ¡me dá una vela de sebo!

No bien salió el dependiente, el *apóstol* preguntó á D. Matias mirándole cariñosamente.

—No hay que ser cobardes; eso no es nada; ¿qué tiene usted?

—Pois tengo—dijo el tendero incorporándose y bostezando—que no hago bien la digestión. Si como sardinas, me repiten todo el día y estoy cuoh... cuoh... cuoh...—imitando el acto de eructar—si como lechuga, que me gusta mucho, se me sienta en el estómago y no la levanta naide. Yo ya estoy aburrido y desesperado y no sé que hacer.

—Eche la lenjua—repuso el *apóstol* levantándose y aproximando sus ojos á la boca de D. Matias—más... sáquela más—continuó viendo que el tendero no mostraba más que una cortísima cantidad de la sin hueso.

Hizo el enfermo un gran esfuerzo y enseñó al *apóstol* lo que pudo enseñar de su lengua.

—Hay mucho estrúmen—dijo—pero con una poca de agua quedará más limpia que esta sábana.

Y la sábana no estaba muy limpia.

—Que traija Toribio un vaso de agua. La beberá usted de un trajo. ¿entiende? y despues una dormidita... ¡y listo!

Trajo el agua el dependiente, la propinó el *apóstol* sus bendiciones y oraciones, y bebióla D. Matias poseido de grandísima fe y en extremo alegre y satisfecho.

—Tray cuatro chorisos, Toribio—gritó el viejo—y dos reales también.

Levantose el *apóstol*, cogió de las manos del mozo los embutidos y el dinero y salió de la tienda, en cuya puerta le esperaba la multitud impaciente y deseosa de verle.

Y volvieron á sonar los gritos de entusiasmo y de admiración al *apóstol* á encomiar sus curaciones milagrosas mientras en la casa contigua á la de D. Matias decían los parientes de un enfermo á un sabio médico:

—Vamos á llamar al *apóstol*; ¿le parecerá á usted mal?

—A mi ni mal ni bien —contestó el doctor— pero ya es inoportuna mi presencia en esta casa.

VI.

Curó el bueno de D. Matias su casi enfermedad del estómago: entonó ditirambos y loores al ganapan *apóstol*; hizo propaganda á favor de éste y en contra de los médicos y no bien salió una noche de su casa, encaminó sus pasos pian, pianito al barracón donde se exhibía la foca.

Vió crecido número de curiosos contemplando los telones y luces y escuchando las marchas y walses del órgano; entró y la artesa de madera conteniendo el anfibio, los quinqués mal despavilados, el francés con su jerga españolizada y ocho ó diez personas admirando las dimensiones del animal, presentáronse ante su vista.

—Mocho cuidado, señores, no asercarse; á mi comerme una mano—exclamaba el francés, mirando de reojo á D. Matias, á consecuencia del lance surgido entre ellos días antes.

—Si, si —murmuraba D. Matias— ¡pobre Roquin y qué alferesía vas á papar!

—Está cogida en los mares de la Siberia— exclamó el francés, y acercándose al tendero le dijo en voz baja:

—¡Oh señor! usted estará convensido qui es una foca?

Mirole D. Matias airado y serio en extremo, volvió á repetir el francés su pregunta y entonces el viejo cogiéndole por las solapas del mugriento gabán exclamó, rojo en extremo:

—A mí naide mengaña ¿comprende vú? ¡gabacho! si el padre de Roquin me lo ha dicho el otro día.

—Et quin es Roquin?— dijo admirado Mr. Tranchón.

—El questá dentro... ba.. ba... seique tiene usted ganas d' amolarme. Pois mire... para usted y todos los jabachos.—Y haciendo un ademán en extremo picaresco é indecente, salió D. Matias del barracón.

Próximo á su casa, encontró á D. Pablito y su amigo el médico que le detuvieron diciéndole el cura:

¡Hola, hola, D. Matias! ¿de donde viene usted?

Venjo de ver al pobre Roquin que no sé cómo vive... ¡va á coger una alferesía!

—¿Y á usted que le importa?—exclamó D. Pablo— si el padre lo consiente...

—El padre es un pillo, D. Pablito—dijo

el tendero— si estuvo el otro día en casa á pedirme por favor que no volviera á meter el pincho.

—Es una infamia -- repuso D. Pablo —engañar de tal modo al pueblo.

—La humedad lo mata... ya lo verá usted.

—¿Y usted estuvo enfermo?—preguntó el cura á D. Matias.

Si señor, pero el *apóstol* me puso moy bien... y nada más que con!ajua.

De hoy en adelante no quiero médicos... son unos burros.

—Muchas gracias— dijo el doctor amigo de D. Pablo— muchas gracias D. Matias por lo que á mí concierne.

—¡Ay, V. dispense!—exclamó D. Matias— no me acordé... ¡usted dispense señor!

—No me ha ofendido usted, hombre, no —contestó el médico— ¿usted cree que la foca es un hombre metido en una piel ¿no es así?

—Ya lo creo, si me lo ha dicho su padre —repuso D. Matias— el padre de ¡Roquin.

—Y además tiene usted mucha fe en el *apóstol* ¿no es cierto?

—Hasta la pader denfrente.

—Pues no pueden ofenderme los que como usted creen tales cosas, más me lastiman los que, como D. Pablito, por algazara y chacota y pasar una hora de risa contribuyen á sostener la ignorancia de ciertas gentes. Señores muy buenas noches.

Y alejose de prisa, dejando al cura y al tendero echando sapos y culebras contra el francés y los médicos.

Manuel de los Alvaros

CHOROS.

Oxe choras neniño... n' importa
Que logo has de rit;
Oxe choras muller... ah! teu choro
logo ha de fuxir!
Oxe choran os ceos..., que choren
Log' o sol rirá;
Oxe choras ti home ¡probr' home
O teu é chorar!....

El Marqués de Ligueroa

Artes industriales en Santiago.

I.

Vidriera para el Gran Hospital.—Mobiliario y altar ojivales.—Aparador del renacimiento.

Siempre, en todos los tiempos ha sido Santiago el centro de vida artística, el corazón que llevó á todos los ámbitos de la región gallega la sávia creadora de las obras de arte, cuando no la extendía más allá de sus límites geográficos y dejaba sentir su influencia en el vecino reino lusitano; pues aunque muchos se oponen «á reconocer que en los primeros tiempos de la monarquía portuguesa, el impulso artístico y, hasta los mismos maestros los recibían de Galicia,» pregónanlo con irrefutable lógica los muros de la catedral de Coimbra y afirmanlo, despreciando apasionadas interpretaciones, las crónicas de esta ciudad portuguesa.

Para ver cómo el arte compostelano irradió la luz de sus concepciones por estas provincias del noroeste, no se precisa ser erudito, ni haber levantado el polvo que han depositado la incuria y el tiempo en los viejos códices de nuestros archivos, es labor hecha ya por fortuna nuestra; basta recorrer las páginas de la hermosa obra didáctica de *Arqueología Sagrada* de López Ferreiro, ó las del notable libro de Murguía, *El Arte en Santiago*, para tocar, sin esfuerzos fatigosos, el alcance que aquél ha tenido, desde el siglo de oro en que floreció al amparo de la hierática manera de ser de Compostela, hasta la pasada centuria en que pareció estacionarse.

Más aún: no es posible seguir el glorioso evolucionar y desenvolvimiento artístico en nuestra patria, sin que hieran nuestros ojos los nombres de *Gregorio Hernández*, *Moure*, *Felipe de Castro* y de tantos otros gallegos, valiosos eslabones de la cadena de oro del arte en España.

Hoy, á pesar de que los tiempos que corren son poco propicios para el arte, todavía cuenta Santiago con un respetable núcleo de cultivadores de las artes industriales, afanosos de que no mengüe y decaiga su abolengo y vieja prosapia. No es infrecuente ver en nuestros talleres obras destinadas á poblaciones distantes de la nuestra; y si la demanda no es todo lo importante que debiera ser, débese, entre otras causas, á una que ya hubimos de señalar en ocasión análoga á la presente: á la preferencia que suelen dar las personas adivinadas á las obras que ostentan marca extranjera, no escatimándoles pingües sumas, que en cambio disputan y regatean á las de nuestros artistas.

Quizás esta lamentable elección sea hija de la escasa educación artística, que, por lo común, lleva aparejada al dinero la aristocrática clase poseedora de cuantiosos títulos de la Deuda, ya que no de otros nobiliarios, ó que supongan cultura; pero lo que es incuestionable, lo que contribuye como factor importante á que nuestros talleres tengan anémica vida y exigua demanda de las obras en ellos construidas, es, á no dudarlo, la excesiva modestia de nuestros artistas, que riñe abiertamente con aparatosas exhibiciones, y la carencia de ese espíritu mercantil que hoy todo lo invade, y que en grado eminente anima á los artistas industriales de otros países.

Por eso no estimamos cosa baladí visitar sus talleres y sentir allí las pulsaciones de la actividad industrial, para reflejarlas luego en el periódico ó en la revista, á fin de que sirva de emulación que acreciente la concurrencia al noble y diario certamen del trabajo, y de estímulo á los que enerva y retrae la apatía.

He aquí el resultado de nuestro examen:

Taller de Jesús Landeira.

VIDRIERA PARA EL GRAN HOSPITAL.

Ocioso será decir que el estilo elegido para la ejecución de esta artística vidriera, habiendo de ser colocada en la capilla de nuestro Hospital ha sido el de transición del ojival al del renacimiento (siglo XVI) con el predominio de los elementos de este sobre los de aquel; pues otro distinto resultaría allí de mal efecto á la par que lamentable anacronismo.

Mide esta obra, cinco metros y cuarenta y ocho centímetros de altura por siete y diez de ancho.

Tiene la forma de una gran arcada constituida por un arco sumamente rebajado que sostiene dos esbeltas pilastras coronadas por hermosos capiteles.

Una elegante faja á manera de imposta corre de uno á otro capitel y divídela en dos grandes porciones: una inferior, limitada lateralmente por las mencionadas pilastras, y á su vez dividida en cinco vanos ó pequeñas ventanas, una central y dos á cada lado. Estas, forman los arcos de medio punto que tienen como apoyo común esbelta columna abalaustrada, con profundas estrias, y aquella, de forma cuadrilátera, tiene por jambas dos pilastras con sus correspondientes capiteles, y forma su dintel la faja ó imposta que divide la obra en dos grandes porciones.

Las enjutas que forman los arcos de me-

dio punto con la imposta ostentan la cruz potenziada del Hospital; y los cinco vanos de las ventanas llevan losangeada regilla para recibir cristales de colores.

La porción de la obra que está por encima de la faja y que, como queda dicho, la limita el gran arco rebajado, hállase dividida también en cinco vanos, formados por arcos de medio punto á los que, como á los anteriores, sirven de apoyo común pequeñas columnas abalaustradas, y que á su vez contienen, cada uno, dos arcos gemelos que se apoyan de idéntica manera.

Cada uno de los cinco entre-arcos que resultan tiene abierto un sencillo roseton trebolado, de folículos circulares, y en las enjutas que forman los arcos incluyentes con la arcada que limita la obra y los incluye á todos, vense calados tréboles de folículos ojivos que dan la nota de transición del ojival al renacimiento, á excepción de las enjutas extremas, las del punto en que la arcada exterior descansa en los capiteles de las pilastras, que lucen dos fabulosos grifos de gran relieve.

Las columnas abalaustradas de los arcos gemelos lo mismo que las de los incluyentes apoyan sus basas en el extradós de otro arco cuyos extremos vienen á colocarse sobre la imposta que divide la vidriera.

Este arco que sirve de apoyo á las columnas es próximamente el centro de la obra y una de las partes más hermosas de que se compone.

Ostenta en su vano un águila pasmada que sostiene el heráldico escudo acolado de los Reyes Católicos con corona ducal sobre el jefe. Dos hermosos leones de gran tamaño y soberbia traza defienden el escudo con salvaje fiereza apoyando sus garras en él y en las alas caídas del águila que asoma su picuda cabeza por cima de la corona que remata el heráldico emblema.

La ornamentación de las diversas piezas de tan elegante vidriera, tallada con gran relieve, como propia de un trabajo que ha de verse á no pequeña altura, es la propia del estilo precitado, que Landeira demuestra conocer á maravilla, como puede verse en las pilastras, en los capiteles, en la gran arcada que sostienen, en la imposta que divide la obra y en el paramento de los arcos menores que corresponde al interior de la capilla, en cuyas partes, destácanse, con elegante sobriedad, arabescos compuestos de caprichosos follajes y fantásticas figuras de la fauna ornamental del Renacimiento.

Por lo que respecta á la totalidad de esta obra, no vacilamos en calificarla, quedándonos á respetable distancia de la hipérbolo, de alarde de buen gusto y excelente

composición en la cual la acertada disposición de los elementos que la constituyen, da al conjunto la unidad y armonía que tanto recomiendan y avaloran las obras de este género.

J. TARRÍO GARCÍA.

LIBROS RECIBIDOS.

Morir amando, zarzuela en dos actos y seis cuadros, por D. Heraclio Pérez Placer. Esta bien escrita obra, aun no representada, es el primer ensayo de su autor en el difícil género dramático. El Sr. Placer á quién ya ventajosamente conocíamos como poeta lírico, revela, en el libreto que acaba de dar á luz, especiales aptitudes para el drama. Hállase de venta en Santiago, librería de D. José Galí.

El sepulcro de Moore, por J. P. Vincenti, versión castellana de don Antonio García Fuertes, catedrático de lengua y literatura inglesa en la Escuela especial de Comercio de la Coruña. Segunda edición corregida y aumentada. Esta interesante monografía del heroico general inglés, contiene cinco excelentes fotografías intercaladas en el texto y un plano de la Coruña. Hállase de venta en dicha ciudad, papelería de la viuda de Ferrer, al precio de 3 pesetas el ejemplar.

CHARADAS.

1.^a

Yo dos tres todos los años
Ir *prima* *todo* á los baños.

2.^a

Aunque te *dos* y *tercera*
A veces; de cualquier modo
Siempre te conservo el *todo*
Porque eres muy *dos* *primera*.

3.^a

En *dos* *prima* *tercera*
Si se me antoja,
Aunque digan las gentes
Que eso no es moda,
Me pongo en *todo*
Y después me paseo
De un lado al otro.

La solución en el próximo número.

Solución á las charadas publicadas
en el número anterior:

Esmero.—Generosa.

Santiago, Imp. de José M. Paredes.

LA PEQUEÑA PATRIA

REVISTA DE

Literatura Ciencias y

ARTES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Santiago.—Una peseta al mes.

Resto de la Península.—3 pesetas 50 céntimos trimestre.

Ultramar y extranjero.—3 pesos fuertes semestre.

Centro de suscripción en Santiago

Bua del Villar, 28. (Adm.^o de Loterías.)

No se servirán las suscripciones si no acompaña su importe adelantado en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo de 15 céntimos

El que se suscriba por 25 ejemplares obtendrá una rebaja del 25 por 100

Administración

Carretas, 8

Esta Revista en la que colaboran los mas notables escritores y artistas de Galicia, aparece los dias 10, 20 y 30 de cada mes. en números de diez y seis páginas formando á fin de año un voluminoso tomo, para el que se repartirán anticipadamente á los suscriptores el índice y por toda correspondientes.

Publicanse en ella retratos y biografias de gallegos distinguidos, piezas musicales de tres en tres meses, y grabados. de cuando en vez, reproduciendo escenas, paisajes, costumbres, monumentos ú obras de arte, que por cualquier concepto merezcan los honores de la publicación.

REDACCION.—Carretas 20.—SANTIAGO

GALICIA HUMORISTICA

REVISTA QUINCENAL

DE

costumbres, cuentos, agudezas, anécdotas y tipos gallegos—novelas homeopáticas y poesias festivas—ciencias y artes (desde el punto de vista cómico.)—Acertijos, cantos populares, charadas y geroglíficos.

El primer tomo de esta Revista, que constituye un volumen de 400 páginas con abundante lectura, grabados y piezas musicales, se halla de venta en la Administración de **La Pequeña Patria**, al precio de 6 pesetas para los suscriptores, y de 7 pesetas y 50 céntimos para los que no lo son

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE.

Véndese este libro al precio de 2 pesetas 50 céntimos, para los suscriptores á **La Pequeña Patria**, y al de 4 pesetas para los que no lo son.

Los pedidos al autor,

Carretas 20.—Santiago.